

## Cultura a la contra

### Genios, demonios y máscaras

Un tal H. P. Lovecraft inventó a un árabe que habla escrito un libro: el "Necronomicón", compendio de fórmulas y evocaciones de la goecia. El libro, existente tan sólo en la mente de Lovecraft y en la de sus lectores, es, sin embargo, uno de los más buscados por las librerías ocultistas del mundo entero; se han creado cultos satánicos en torno a él. Y es que la nada, en esto de la magia y en casi todo lo demás, parece ser lo más efectivo, o, al menos, lo más atrayente. Los que alguna vez hemos querido ser magos o poetas, que es algo parecido, hemos sido auténticos buscadores de nada; o de nadertas, por lo menos.

Tan fuerte es el genio de Lovecraft, tan persuasiva su ficción, que incluso ahora se ha abierto en Madrid un bar que lleva precisamente el nombre del libro que escribió el Árabe Loco: "Necronomicón". Un bar que, aun sin tener nada de terrorífico, está habitado evidentemente por demonios: demonios músicos, grupos de nuevo rock, animadores infernales de la noche con sus ritmos y sus ritos: nombres que ya han sonado, como Drugos, Fantoms y otros conjuntos, dispuestos a convertir en electricidad la noche de Madrid. Necronomicón se ha convertido en refugio de máscaras y demonios, de los que huyen de la incomodidad de las aceras y del tedio de los bares de moda, de los que buscan —casi con desesperación, porque es difícil— escuchar música en vivo. Parece que volvemos a empezar a divertirnos, a pesar de la crisis de energía. Parece que el barrio que ronda la zona de Malasaña, el viejo barrio de Maravillas de Rosa Chacel, sigue siendo centro de juegos nocturnos, de diversiones no pecaminosas —por ahora y mientras no se decida que el rock también es una máscara del pecado—, pero tampoco inocentes. Y eso a pesar de las bombas que tiran los fanfarrones, afincados por cierto muy cerca de allí. Allí comienza el reino de la nueva ola, el jugueteo de la lentejuela y del plástico mezclados con encajes. Allí empieza el lugar encantado donde ya no hay jipis, pero que siguen frecuentando —ahora más que antes— hadas y trasgos y otros seres que moran en la noche.

Es bueno y conveniente que haya locales nuevos donde se pueda escuchar música. Ya había algunos —La Aurora, Ralces...—, y ahora viene a sumarse a la lista Necronomicón. De ahí, precisamente, es de donde puede salir un movimiento de rock interesante, y no de algunos garajes de barriada, donde los grupos ensayan desconectados entre sí; se hace una música más directa y los músicos pueden establecer un contacto directo entre sí y con el público, que forma —siempre lo forma, pero en este caso de una manera más acusada por la proximidad física— parte integrante y muy importante del espectáculo. Y el rock es poesía y comunicación, efecto de "feed back" entre quien lo emite y quien lo recibe, que se alimentan mutuamente, pasándose sonidos y, a veces, emociones. El rock es invención constante de un sonido, como antes lo era el jazz, planteamiento diverso y múltiple de unas nuevas relaciones entre la gente. No sé si será o no la música del futuro; desde luego, es la del presente. Y en esa década puede pasar de todo; o lo mismo de siempre, vamos. ■ EDUARDO HARO IBARS.

tográfica donde cada nueva obra ofrece un panorama más pulido, más estricto, más amargo sobre nuestro tiempo. Como todos los grandes payasos —Chaplin, Keaton, los Marx—, Woody Allen desprende la risa de una frustración, y como todos los grandes cineastas, esa frustración viene analizada con un rigor aplastante. Podía parecer exagerado aplicar estos términos a un hombre que, como Woody Allen, realiza su trabajo con la impronta de la intuición, del estímulo inmediato. Sin embargo, admirando "Manhattan" se descubre que cuanto sucede en la película responde a una férrea estructura narrativa y a un loguísimo análisis. Nada hay gratuito, aunque la perspectiva del esperpento pudiera hacer parecer lo contrario. "Manhattan" es el

teriores. En "Manhattan", él también interviene con los podridos mecanismos de los demás. No hay esperanzas. Como puede no haberlas tampoco en el cine de Bergman (al que Allen admira tanto), pero sin los términos metafísicos del director sueco. Woody Allen ha llegado a las mismas conclusiones a través de lo cotidiano y ahí estriba precisamente su ferocidad. Ya no hay posibilidad de alejarse de su cine con la risa de un chiste. "Manhattan" es aún más amarga que "Annie Hall" y no duda en ofrecerlo así con el triste blanco y negro de toda la vida, con la música de Gershwin (¡que quién iba a decir que podría ilustrar pasajes sin balles ni colores!), con el patetismo de un final que cierra un ciclo de relaciones interpersonales basadas en la inco-



"Manhattan", de Woody Allen.

paso más decisivo que Allen ha dado en la descripción de esta estúpida sociedad, vieja e insostenible, que estamos padeciendo. Y si no es el primer cineasta que aborda un planteamiento tan vasto como el suyo (porque la anécdota concreta de su película no es más que la síntesis de todas las anécdotas posibles), sí es uno de los pocos que han logrado encontrar el término expresivo más ajustado. La despiadada independencia con que Allen observa su entorno no le permite ya ni esa pequeña defensa personal que se otorgaba en películas an-

te y el fracaso. Lo asombroso del talento de Woody Allen es que esta impactante crónica se desliza a través del humor y uno todavía puede reírse de su desgracia, que es la nuestra. ■ DIEGO GALAN.

## "La tortura"

En 1958, Henri Alleg, director del periódico "Alger Republicain", publicó un pequeño libro, "La question", escrito desde la cárcel, en el que narraba su experiencia como detenido por los





"La tortura", de Laurent Heynemann.

paracaidistas franceses. Alleg, junto a otros compatriotas suyos, apoyaba decididamente al FLN; al principio, desde su periódico; más tarde, desde la clandestinidad. "La question" supuso un revulsivo para la conciencia de los franceses que no habían querido informarse sobre las características reales de su colonización en Argelia. Frente a las mentirosas "razones de Estado", frente a la propaganda oficial, el documento veraz de Alleg resultaba indiscutible. Esa crónica de las torturas sufridas tanto por él como por sus compañeros, la explicación real de tantas "desapariciones" y tantos "suicidios", la descripción de los "heroicos" paracaidistas especializados en la tortura, la defensa de las ideas de quienes no estaban dispuestos a colaborar con la colonización, pudo desvelar al fin la realidad de una página de la Historia que no se agota en la particularidad francesa, sino que se amplía a tantas y tantas colonizaciones similares. "La question" es, desde entonces, un libro imprescindible.

En 1977, el joven director de cine Laurent Heynemann —ayudante de Yves Boisset y Bertrand Tavernier— decidió adaptarlo a la pantalla. Cambiando los nombres auténticos por otros inventados, corrigiendo algún pasaje del libro en colaboración con su autor, Heynemann quería precisamente ofrecer una perspectiva sobre las colonizaciones en general, aunque, lógicamente, sin eludir la concreta del libro. Las imágenes de la película ofrecen una información aún más brutal que el texto de Alleg, una dimensión nueva que dignifica al

cine. Con un rigor admirable, con una sencillez narrativa ejemplar y con unos actores extraordinarios —al frente de los cuales, Jacques Denis interpreta el personaje de Alleg con una dignidad poco común—, "La question", justamente traducida en España como "La tortura" ("cuestionar" a alguien es torturarlo en el sentido en que Alleg utiliza el término), es una película importante como el libro, y como él, imprescindible. ■ D. G.

## DISCOS

### El acordeón criollo de Louisiana

Louisiana, fantástica tierra pródiga en mixturas étnicas y culturales, también produce asombrosas variedades musicales. Tal vez la más inusitada sea la de los negros francófonos del interior, conocida como "zydeco". Los descendientes de los esclavos incorporaron a sus blues las melodías, los instrumentos y el lenguaje de los "cajuns" o "acadiens", emigrantes del Norte de Francia que se instalaron en Canadá y que fueron desterrados a Louisiana en el siglo XVIII por los ingleses. Si todo esto suena complicado, la música no lo es en absoluto. El "zydeco" (también se escribe "zodico", "zordico" y hasta "zologo") es música de baile cantada en inglés o en el "patois" local, con el acordeón como principal instrumento solista y una

acentuación rítmica propia del blues, tan irresistible para los pies como singular en su sonido. Una anomalía que sobrevive a pesar del aplastante poder de las "mass media".

El más popular de los intérpretes del "zydeco" es Clifton Chenier, un acordeonista de cincuenta y cuatro años que lleva como tres décadas actuando por Louisiana y el Sureste de Texas, grabando en pequeñas compañías y ocasionalmente asombrando al público blanco de festivales de jazz y blues. Por primera vez, se ha publicado uno de sus LPs en España (1), un disco que no merece ser ignorado.

Su título —"New Orleans"— ya da una idea de la orientación urbana de las grabaciones allí contenidas. Es un Clifton Chenier más sofisticado, si me permite el

inglesa, francesa y española con las africanas—, ya que el "zydeco" no se siente limitado por sus orígenes rústicos y acepta de buen grado el injerto de elementos del "rhythm and blues" de New Orleans, Chicago o Nueva York en sus tradicionales valeses, polkas, two-steps, blues y boogies.

Propulsado por sus cinco acompañantes, Chenier canta con gusto y deja que sus dedos revoloteen por el teclado de su Hohner, unas veces como solista de originales ideas y otras manteniendo la fuerte marcha rítmica de todo el asunto. Un instrumento aparentemente tan poco flexible como el acordeón se convierte en sus manos en una pequeña orquesta con una expresividad y un sentido del "swing" verdaderamente fascinantes.



Clifton Chenier.

adjetivo, que lo habitual: en directo, Chenier canta y toca el acordeón con el único respaldo de una batería y su hermano Cleveland raspando con dedos el "rubboard" (tabla de lavar o similar); en el disco también intervienen un guitarrista, un saxofonista y un bajista. Pero no es cuestión de invocar la mayor o menor pureza —pintoresca palabra en una alucinante región donde se confunden la sangre

"New Orleans" es la única muestra disponible en España de una forma musical tan exótica e inverosímil como el "zydeco", pero también es una excelente presentación de Clifton Chenier, un músico de personalísimo sonido y concepciones innovadoras. Aunque sazonado por el sonido cosmopolita de los instrumentistas de Nueva Orleans, este LP nos coloca en la atmósfera pegajosa de los "fais do do" de las noches de sábado en las zonas rurales de Louisiana, allí donde Clifton Chenier es el rey de la fiesta. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

(1) Clifton Chenier and his red hot Louisiana Band: "New Orleans" (Discophon 3-4414).